

*Entrevista de Waldo Ansaldi**

Germán Carrera Damas

La conciencia criolla es el producto más auténtico y genuino de la relación de dominación en América Latina

Germán Carrera Damas es un destacadísimo historiador venezolano. Nacido en Cumaná, en 1930, se doctoró en historia en la Universidad Central de Venezuela, en Caracas, en la cual fue profesor durante largos años, hasta su jubilación. También lo ha sido en las cátedras Simón Bolívar de las Universidades de Cambridge (Reino Unido) y Koln (Alemania). Ha dado conferencias en numerosas universidades y participado en múltiples e importantes congresos internacionales. Es autor de una vasta obra, la cual incluye, entre una treintena de libros, *Boves. Aspectos socioeconómicos de la guerra de independencia* (1965), *El culto a Bolívar* (1973), *La renovación de los estudios históricos: el caso de Venezuela* (1976), *Venezuela: proyecto nacional y poder social* (1986), *La necesaria reforma democrática del Estado* (1988), *De la dificultad de ser criollo* (1993), *Aviso a los historiadores críticos*, *La disputa de la independencia y otras peripecias del método crítico en historia de ayer y de hoy* (1995). Ha sido embajador de su país en México, Suiza y Colombia y actualmente lo es en la República Checa. Es miembro del Buró del Comité Científico Internacional que prepara la segunda versión de la *Historia del Desarrollo Científico y Cultural de la Humanidad*, y preside el Comité Científico Internacional encargado de elaborar la *Historia General de América Latina*, proyectos ambos de la UNESCO.

* Profesor e investigador de la UBA, Instituto Gino Germani y UNLP-CISH -CONICET. Es autor de uno de los capítulos de la *Historia General de América Latina*, el proyecto de la UNESCO sobre el cual trata la presente entrevista.

Comienza febrero y, afuera, aunque no es un invierno tan crudo como suele ser, hace frío en Praga. Sobre una de las ciudades más bellas -en su parte antigua- cae una ligera nevada. Dentro, en el interior de la residencia del embajador de Venezuela en la República Checa, la calidez del anfitrión y su encantadora esposa, Alida, crea un clima especial. En un aparte, Germán Carrera Damas y yo conversamos, al mismo tiempo que compartimos una de las excelentes cervezas del país, sobre el citado proyecto de la *Historia General de América Latina* y otros temas de actualidad.

Waldo Ansaldi

WA: La primera pregunta que quiero hacerte, Germán, es sobre un proyecto, en particular, en el cual estás trabajando desde hace tiempo, el de la Historia General de América Latina, impulsada por la UNESCO. Sé que se trata de un proyecto colectivo que ya tiene un desarrollo parcial, pero bastante importante, todavía con un buen trecho por recorrer. Querría que le dijeras a nuestros lectores de qué se trata: concepción, objetivos, etc.

GCD: El proyecto de historia en el área América Latina nació en un momento en que la UNESCO tomó como línea de trabajo el desarrollo de lo que se ha llamado *las historias*. La primera de estas historias fue la *Historia General de África*, que tenía una gran importancia por cuanto significaba no sólo pensar la historia de África sino rescatar la historicidad de algunas sociedades, cuya historia había sido o ignorada por el colonialismo, o de tal manera adulterada por el colonialismo que pareciera que la historia de estos pueblos empezaba con la llegada del colonialismo.

Antes, se había desarrollado un proyecto global de la historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad, cuyo estudio general se publicó hace más de veinte años y de la cual ahora está en marcha la segunda versión -ya han aparecido tres volúmenes-, pero eso es otra cosa.

Estas historias incluyen la de África, la de Asia Central, la de América Latina y la del Caribe. En conjunto, se trata -aunque no estoy seguro de que esto haya sido visto así desde el comienzo- de la elaboración de lo que podría entenderse como la gran hipótesis de una historia realmente universal, en dos sentidos fundamentales. Prime-

ro, una historia en la cual las áreas -no las llamemos regionales, sino más bien históricas- se desarrollaran con sus propias características, sus propias dinámicas, pero al mismo tiempo una historia que escaparía de la tan señalada visión eurocéntrica, no en el sentido de rebatir o negar los procesos de "universalización" -entre comillas- muy difundidos por el desarrollo del capitalismo europeo en el último período, sino en el sentido de enriquecer esa visión poniéndola a juzgar por los desarrollos autónomos con las características específicas.

Esto, como formulación, es sumamente atractivo. Al mismo tiempo, desde el punto de vista metodológico, el planteamiento básico es hacer una historia de sociedades y no una historia de Estados, ni siquiera una historia de naciones. Esto es fácil decirlo como concepción, pero es muy difícil en su realización, porque se lo piensa como obstáculos, que se han formado, es obvio, históricamente. Por un lado, las fuentes ya están, en gran parte, elaboradas o han sido procesadas o recopiladas con esa visión de la historia nacional o la historia de los Estados. Por otro lado, esto significa poner en marcha una serie de procesos de revisión de conceptos que ya están adquiridos, incluso en las propias sociedades que van a ser estudiadas, y hasta llega a ser un nuevo lenguaje, a llamar de manera diferente las cosas que la gente llamaba de otro modo. Por ejemplo, era muy fácil, en la historia de América Latina, hablar de descubrimiento, conquista y colonización. Pero cuando uno reúne esos tres criterios en uno solo y habla de implantación, como un continuo que se desarrolla hasta hoy en muchas áreas, aquellos conceptos de descubrimiento, conquista y colonización pierden sentido. Si estimamos que, todavía hoy, en la región amazónica se están estableciendo primeros contactos con sociedades aborígenes, es decir, actos que correspondían a finales de siglo XV o comienzos del XVI, nos damos cuenta de que el proceso es un continuo. Bueno, esto es una difícil reelaboración conceptual. Y, por supuesto, esto es laborioso, es complicado, es difícil y choca, muchas veces, con la incomprensión de personas que tienen capacidad de decisión. Con esto quiero decirte que, entre las dificultades de carácter burocrático, las dificultades de comunicación y la complejidad del proyecto, esto ha sido prolongado.

Personalmente, como presidente del Comité, lo vengo diciendo desde el inicio: no es, simplemente, elaborar una historia. Es, quizás y sobre todo, poner algunas bases para lo que sería una nueva escuela de historia. Este sería el mayor logro. No tanto la elaboración de un nuevo libro.

En verdad, hoy estamos en esta situación: tenemos cuatro volúmenes ya terminados y listos para la imprenta, estamos en la gestión con los impresores. Hay otros dos volúmenes que están virtualmente terminados; uno, un poco menos. Y el último,

deliberadamente lo hemos querido dejar para el final, porque es el que se ocupa de los desarrollos más contemporáneos. Puede parecer extraño que diga más contemporáneo, pero sucede que como es un continuo histórico, no establecemos diferencia conceptual entre lo que sucedió en el siglo XVI y lo que está sucediendo en los albores del siglo XXI. Entonces, entendemos por más contemporáneo, ya no una especie de relato o narración de la historia, sino los dos elementos críticos y la idea de proporcionar la información básica. Este último volumen vendría a ser como un conjunto de ensayos de interpretación que, incluso, no ocultan un propósito doble: uno, de prospectiva, en el sentido de que, en definitiva, los pueblos se interesan por la historia no sólo, y quizás no tanto, por saber lo que pasó, sino lo que va a pasar; es una forma de aproximarse al futuro. Pero también por el hecho de que ese esfuerzo de proyección -que llamamos prospectiva- significa, probablemente, la identificación de una serie de áreas, de temáticas o de problemas que puedan, de alguna manera, ser recomendados o propuestos a la investigación histórica, en una perspectiva diferente de la que llamamos tradicional. Por ejemplo, la clásica separación entre historia y ciencias auxiliares de la historia, literalmente, ahí, desaparece y consideramos que la historia es una ciencia social integral y que su objeto es el hecho social. Estudia lo mismo que estudia el economista, el sociólogo, el antropólogo, lo mismo que estudia el psicólogo. Sólo que en el caso del historiador hay un elemento que predomina: el concepto de tiempo histórico, la vinculación de pasado, presente y futuro.

En consecuencia, ¿por qué digo que el historiador es un científico social integral? Porque trata de captar la unidad de un hecho histórico en una perspectiva temporal específica, la del tiempo histórico. Para que logre meterse dentro de este esquema, no hay compartimientos estancos en el hecho social, ni hay tampoco división temporal de lo que fue, lo que es y lo que será. Esto suena un poco, como decía una vez un colega inglés, "eso no es historia, es ensayística francesa". [Risas] Y, bueno, desde su punto de vista no dejaba de dar buenos argumentos.

WA: Hay ahí un punto que me parece muy importante. Hoy se advierte, en el seno de varias historiografías -ello se ve con bastante claridad en el caso de Argentina- un retorno a la idea de la especificidad de la historiografía como ciencia, como campo de conocimiento, incluso despojándola de la condición de ciencia social, tan afirmada en los cincuenta y sesenta. Me parece, por lo que dices, que el proyecto de la UNESCO apunta, precisamente, en la dirección de fortificar la idea de la historia como una ciencia social y de lo social como un campo indivisible susceptible de diferentes apropiaciones, según la mirada que da cada perspectiva disciplinaria. En tal concepción, la susceptibilidad histórica está dada por una conciencia, quizás, más afinada de lo que implica la temporalidad.

GCD: Correcto. Pero no que esa historia busca recusar ese concepto. No. Lo que busca, en realidad, es someterlo a prueba, pero a una prueba en baja escala, porque con la pobre historia, entendiéndola como historiografía, ha sucedido, como tú bien sabes, que cada cierto tiempo el hombre le reprocha la decepción de sus ilusiones perdidas. No piensa que las preguntas que formuló no eran las que debía formular, o que estuvieron o no estuvieron bien formuladas: lo que importa es que las repuestas que esperaba no le llegaron. Entonces, yo supongo que en esos casos es una reacción -simplemente humana- de culpar al instrumento y no al manejo inhábil del instrumento. Pareciera que, en cierta forma, podríamos decirlo, la historia es un oráculo: te da una respuesta, que tú interpretas. Pero no es un oráculo en el sentido de que sea acomodaticia, sino que es un oráculo que intenta, de acuerdo con el desarrollo de la metodología, la aplicación de ciertos criterios -y hasta de consejos- acercarse a un grado de objetividad que lo aleje de la arbitrariedad. Yo no digo objetividad absoluta -porque no creo en ella-, digo, un grado de objetividad que la aleje de la arbitrariedad manifiesta de esta historia hecha a la medida para una aspiración social o política, o lo que fuere. En ese sentido, yo sigo creyendo que la historia -entendida como historiografía- es una ciencia, una ciencia que está en un proceso constante de afinamiento metodológico y conceptual, como todas las ciencias. Porque incluso las llamadas ciencias duras viven situaciones semejantes, quizás con lapsos históricos más prolongados. En ellas han habido cambios dramáticos, de reorientación total, y a nadie se le ocurre decir que la física moderna o la química pierden toda credibilidad porque en un momento dado revisan sus fundamentos.

WA: Revisan sus propios paradigmas.

GCD: Esto me parece tan elemental que no vale ni siquiera la pena de comentarlo mucho.

WA: A pesar de que se olvida con frecuencia.

GCD: Se olvida, y sin embargo es perfectamente natural. Ahora, en el caso de nuestra *Historia*, nosotros habíamos pensado que hay un elemento adicional a esta concepción de una historia que busca orientarse dentro de una aproximación prospectiva del hecho social en las condiciones que te dije. Y es que, en definitiva, la estructuración de una cultura -y no hablemos de civilización- requiere y necesita el apoyo de una conciencia histórica, vamos a decirlo así, razonablemente fundamental.

Nuestra historiografía ha estado muy influida por concepciones para las cuales el grado de especificidad que puede haber en nuestra sociedad ha sido completamente ignorado o marginado, o causa de extrañeza. Un muchacho que va a formarse en un instituto de historia anglosajón, termina por adoptar el criterio de que nosotros somos el famoso objeto de estudio. Entonces nos vienen entomólogos historiográficos de Estados Unidos, de Inglaterra (también de Francia), que han adquirido cosas sin duda valiosas, pero cuya concepción los aleja de la posibilidad de satisfacer una demanda fundamental de nuestra cultura, la de convertirnos en sujetos históricos.

Nuestro propósito es explicarnos para nosotros mismos, no explicarnos para otros. No es que no nos importe lo que los otros comprendan y vean. Si nosotros nos empeñamos en explicarnos los términos o por el diccionario elaborado por el otro, no sólo no adelantamos en nuestro conocimiento de nosotros mismos, sino que nos alejamos. Cuando yo digo “nosotros mismos”, no quiero decir que nosotros seamos específicos absolutos, ajenos al contexto de globalidad. No, no. Lo que quiero decir es que sí hay rasgos, elementos de especificidad. Porque si los hay en un nivel tan reducido como el de Europa, imaginemos África, imaginemos el continente americano...

Ahora, esa especificidad ¿tiene valor? Posiblemente, para el europeo es más fácil englobar y decir *las* sociedades latinoamericanas; y con eso cree que ya es muy específico, porque no dice *la* sociedad sino *las*. Pero cualquiera que haya tenido un contacto elemental con otras realidades sociales, culturales se da cuenta de que ese *las* es un plural gigantesco. Entonces, si tú quieres llegar a un grado de comprensión más cercano de lo real, tienes que explorar esas especificidades, no con el sentido de diferenciarnos, sino con el sentido de identificarnos. Y una vez identificados podemos integrar a un conjunto que es la humanidad, con mayor validez. Ese es el sentido.

WA: Ahí hay, me parece, una concepción distintiva del proyecto, la de pensar la historia de América Latina como historia de las sociedades y no historia de los Estados. Pero tampoco historia de las sociedades separadas, como si cada una de ellas fuese una especie de universo sólo conectadas porque están incluidas, como capítulos diferentes, dentro del mismo volumen.

GCD: O porque estén en un mismo territorio...

WA: En efecto, o porque estén en un mismo territorio.

GCD: No, no. Por eso te decía que se busca una visión integral del proceso.

Entonces, por ejemplo, cuando nosotros pensamos en las sociedades aborígenes, no las pensamos como el escenario inicial del proceso, sino que es un continuo, incluso un continuo que, aunque parezca excesivo -y yo sé que algunos colegas rechazan esta idea-, sigue estando presente aun en aquellas sociedades de hoy donde las sociedades aborígenes desaparecieron, pero dejaron en las conciencias colectivas una serie de patrones de concepción de la propia historia que siguen influyendo en nuestra comprensión del presente. Es decir, son sociedades que, aun habiendo desaparecido, no han muerto. Por eso hablamos de la conciencia criolla. Incluso hay gente que le dice a uno: «bueno, pero si al último charrúa lo matamos hace tanto tiempo». Ese no es el problema. El problema es que tu propia percepción de tu identidad está marcada por esa concepción.

Por eso, en la medida en que tú no redefines el papel histórico que, como sociedad, han desempeñado todos los componentes, tu visión de tu propio presente y de tu futuro está -digámoslo así- lastrada por una concepción tradicional que tuvo una razón de ser histórica -cuando se trataba de un proceso de dominación, etcétera-, pero que ya hoy es un obstáculo para el desarrollo de nuestra creatividad porque nos pone en el trance de mentirnos y de decirnos: “si nuestro propósito no era acabar con los indígenas sino... civilizarlos. Bueno, civilizarlos no, porque yo creo como los antropólogos, pero sí darles la oportunidad de...” Es decir, te vuelves todo un lío. Pero no tienen el coraje de decir, “mire, el criollo es un hombre que disputó un territorio que ya estaba ocupado, y para establecer una relación de dominación comenzó por privar al primitivo habitante de su felicidad, siguió por negar su cultura y terminó hasta por negar su humanidad.” Entonces se demolieron templos, pero construimos catedrales; destruimos culturas, pero construimos otras culturas. En el fondo no hemos sido originales: hemos actuado en forma *normal*, históricamente normal -no estoy hablando de calificaciones morales-, como dos sociedades con desigual grado de control de su capacidad de decisión, disputando el mismo territorio. Eso es una ley absoluta en historia. Y pensar que el que viene después va a tratar benévola-mente al que ya estaba, puede formar parte de un *desiderátum* filantrópico. Pero no es real.

Mira, Waldo, yo quizás tuve una precisión de esta idea cuando vi que uno de los momentos más altos de la civilización, que fue la sociedad galo-romana, fue avasallada por los francos, fue literalmente borrada del mapa. Pero lo más grave es que todavía en 1870 comienzan a descubrir en Francia algunos de los tesoros galo-romanos, de una orfebrería absolutamente maravillosa ¿Qué hacían quienes descubrían esto? Fundían la plata y hacían lingotes. Igual que Pizarro en el Cuzco cuatro siglos antes. Es decir, piezas maravillosas, según se deduce de lo que se ha encontrado, que fueron

fundidas y convertidas en lingotes. Entonces tú dices: los franceses cultos de 1870 actuando con respecto a aquellos hallazgos en una forma tan elemental, no voy a decir, bárbara sino elemental, sin concepto del valor. Y en cambio pretendíamos que Pizarro trajera antropólogos y museógrafos, gentes capaces de apreciar los pectorales incaicos y conservarlos, y decir: "no me fundan eso, que eso va ir a el museo de filantropía". Estoy ridiculizando el asunto, pero cuando yo vi el mapa de los tesoros greco-romanos me dije a mí mismo, "bueno, aquí hay algo que aprender".

En definitiva, si nosotros no tomamos conciencia de lo que hemos hecho, de lo que hemos sido y seguimos creyendo que, a diferencia de otros, nosotros sí hemos sido buenos, seguimos diciendo la tontería de Fidel Castro de que los españoles mataron setenta millones de indígenas, cuando los grandes destructores de la cultura indígena hemos sido los criollos. Porque pasada la primera generación de conquistadores fue cuando comenzó realmente la masiva destrucción por el trabajo, la sobre explotación, el hambre y la opresión. Y eso lo hicimos nosotros. ¿Por qué? Porque necesitábamos construir ciudades, construir catedrales, construir culturas. Y lo original pasó a ser un túmulo de un proceso. ¿Eso era bueno o era malo? Ese no es problema El problema es que fue como podía ser y como ha sido. ¿Es posible que eso no pueda cambiar nunca? Sí, es posible que eso cambie, en la medida de que el hombre, hoy, tiene otro tipo de conciencia. Pero estamos hablando de una experiencia histórica muy breve, estamos hablando de dos mil años, si nos guiamos por la cronología judeocristiana.

En este caso, esa historia, como proposición, ha buscado poner en discusión, estimular la consideración de otras formas de aproximación. A su vez, ésta es una historia que tiene conciencia de lo que significa, como esfuerzo de revisión científica y de creatividad, el acercarse a ese enfoque. En consecuencia, se les hace una proposición a los autores, pero los autores tienen plena libertad para interpretar eso que se les propone y, obviamente, dan respuestas acordes con su formación, acordes con su criterio, acordes con su voluntad de romper esquemas. Y el resultado es de diverso carácter. No va a haber un censor que diga "No, usted se salió de esa idea". Porque no es sustituir un problema por otro: es estimular una búsqueda. Para que pueda estimularse una búsqueda tiene que haber diversidad de respuestas. Por eso, las personas que hemos tenido a nuestro cargo orientar este trabajo, siempre les hemos dicho a los autores: "Señores, ésta es la proposición. Ustedes dan su respuesta. Uno hace las observaciones que considera apropiadas, pero a ustedes les toca decidir". Es por un gran respeto por la autoría, por un gran respeto por la autonomía científica, aun cuando haya divergencias, diferencias, porque no nos interesa codificar la historia de

América. Pensamos que esa *Historia General de América Latina* se estará escribiendo realmente cuando esté en su tercera o cuarta versión, no ahora.

WA: Espera, Germán, no nos adelantemos tanto en el tiempo. Permíteme volver un poco atrás, a mi pregunta inicial respecto de los objetivos de la Historia General de América Latina.

GCD: Sí, perdona. La obra fue pensada para alcanzar siete grandes objetivos. El primero, superar la visión criolla de la historia de América Latina. El segundo, actualizar los criterios nacionales y nacionalistas que rigen la historiografía latinoamericana. Un tercer objetivo...

WA: Disculpa, Germán, te interrumpo. ¿A qué te refieres con "superar la visión criolla de la historia de América Latina"? ¿Y a qué, con "actualizar los criterios nacionales y nacionalistas" de nuestra historiografía?

GCD: El planteo de superar la visión criolla de la historia de las sociedades implantadas de América Latina significa asumir una postura historiográfica que procure rescatar la perspectiva histórica del largo período definido por las sociedades aborígenes, vistas no como un antecedente o un complemento de las sociedades implantadas, sino como un continuo, como te decía antes. Significa también situar a estas sociedades implantadas en una relación de interacción múltiple: con la "historia universal", con las sociedades aborígenes y con la población africana trasladada a América.

En relación a la interacción con la "historia universal", que para nosotros está mediada por la historia euro-occidental, se trata de valorar mejor el carácter endógeno del proceso de implantación, dentro del cual hay que diferenciar entre el momento inicial y las posteriores y sucesivas inserciones de lo europeo.

En cuanto a la interacción con las sociedades aborígenes, aquí se procura ver a éstas en una doble relación de condicionante y de condicionado. Esa relación es básica y obliga a restablecer la entidad histórica de esas sociedades.

En el caso de la población africana trasladada a América, se trata de comprender que esa población es la matriz de las sociedades afroamericanas. Y en cuanto a éstas, está por definir todo un complejo de vínculos, dentro de los cuales todavía hoy pesan las secuelas sociales y culturales de la esclavitud, más allá, o a pesar, de su abolición.

Si estos objetivos son logrados, la visión criolla de la historia de las sociedades

latinoamericanas puede ser superada. Claro, y aunque te parezca paradójico, no es fácil definir qué es esa visión criolla. Permíteme decir, brevemente, que ella puede entenderse como la conciencia histórica que resultó del proceso de implantación de una nueva sociedad en un territorio que desde antes ocupaban las sociedades aborígenes, proceso generador de una relación de dominación en la cual el dominador es el portador o el representante de la razón histórica del proceso global, mientras el dominado es percibido, a un mismo tiempo, como un antecedente y como un compañero indeseable, eso que suele llamarse “el problema indígena”. De ahí proviene una concepción fatalista del proceso histórico de las sociedades latinoamericanas. En ella, el dominado queda insumido en la sociedad implantada criolla. Como tú sabes bien, esa concepción ha sido y es utilizada para legitimar todo procedimiento empleado para “resolver el problema indígena”.

El proceso de implantación conoce una interacción más, la resultante de las migraciones europeas de fines del siglo XIX a mediados del XX, y la de chinos, hindúes y otros pueblos asiáticos. Es decir, un proceso todavía en curso, no concluido.

WA: ¿Y en cuanto a la actualización de los criterios nacionales y nacionalistas de la historiografía latinoamericana?

GCD: Este objetivo apunta a hacer concordar los criterios nacionales y nacionalistas de las sociedades implantadas latinoamericanas con el momento histórico que ellas viven y con la revaloración histórica, concebida como necesaria, de las sociedades aborígenes y afroamericanas.

Tú sabes, Waldo, que el nacionalismo latinoamericano ha sido estudiado desde muchas y muy diferentes perspectivas y enfoques, tratado de múltiples maneras. En la concepción de la *Historia General de América Latina*, de la UNESCO, el nacionalismo latinoamericano -tan estrechamente vinculado con el liberalismo latinoamericano- fue pensado como uno de los temas más complejos. Por cierto, el del liberalismo también es otro...

En nuestra perspectiva, el nacionalismo desempeñó, en las sociedades latinoamericanas, un doble papel: por uno, colocó a la nación -una vez desalojado el Rey, tras la ruptura del nexo colonial- como concepto-fuente de legitimación de la estructura de poder interna; por el otro, sirvió para dotar de cohesión a las nuevas demarcaciones político-administrativas y para legitimar el control o dominio de las sociedades aborígenes por las sociedades implantadas. De este modo, en nombre de la nación emancipada y republicana fue posible asegurar la continuidad del proceso de implantación que comenzó y se desarrolló durante el período del nexo colonial.

WA: Eso me recuerda la aguda observación de José Carlos Mariátegui, al mostrar que la hacienda y el gamonalismo fueron paradigmáticos no en el período colonial sino en el republicano.

GCD: Así es. Bueno, déjame decirte, también, que el nacionalismo latinoamericano del siglo XIX cumplió una función importantísima en la conformación del mapa político continental. Por otra parte, los esfuerzos -que no fueron pocos ni carecieron de tenacidad- por instrumentar los proyectos nacionales en la primera mitad de ese siglo, al apoyarse en los recursos ya existentes, consolidaron la convicción de que tales recursos eran insuficientes e inadecuados y que sólo podrían incrementarse y fortalecerse a través de una plena articulación con las áreas más dinámicas del sistema capitalista mundial.

WA: En Argentina, eso lo dijo muy explícitamente Juan Bautista Alberdi... ¿Y los otros objetivos de la Historia General?

GCD: Bueno, el tercero es asumir la perspectiva de una totalidad latinoamericana hecha de unidad y diversidad, pero en la cual la unidad no debe ser un *a priori* ni la diversidad una causa de desconcierto. El cuarto objetivo es contribuir a proyectar las culturas y sociedades latinoamericanas en una dimensión universal, procurando fundar científicamente su grado o su contenido de especificidad. También es un objetivo, el quinto, el rescate del largo período histórico en América Latina. Con ello se persigue rescatar componentes fundamentales de la totalidad histórico-cultural de América Latina y a las sociedades y las culturas aborígenes como componentes relevantes de las culturas mundiales.

Los dos objetivos restantes son: contribuir al desarrollo e instrumentalización de una "conciencia histórica diferencial", concebida como condición para establecer de manera científica la historicidad de las diversas sociedades de América Latina, el sexto; y, por último, en el orden historiográfico, someter a comprobación una perspectiva endógena del proceso de implantación de las sociedades criollas latinoamericanas. Esta perspectiva se funda en las características del proceso de implantación sobre la base de la especificidad del mundo aborígen americano.

WA: ¿Cuál es la estructura de la obra?

GCD: Finalmente, quedó un plan de nueve volúmenes, uno más de los inicial-

mente previstos.¹ Cada volumen tiene un director y un co-director y se divide en capítulos, cada uno de ellos escrito por un reconocido especialista. Metodológicamente, hemos procurado que la *Historia* responda a una concepción crítica e interpretativa de la historiografía, como también ofrecer la información básica, garantizar la secuencia cronológica y fáctica, pero evitando que sea narrativo-descriptiva. Hemos procurado dar cabida a las diferencias de interpretación, pero refiriéndolas a una continuidad interpretativa básica de la obra, según determinación del Comité de Redacción. Igualmente, hemos procurado que el alto nivel científico de la *Historia General* tenga que ver más con un esfuerzo de síntesis que con uno de estudio exhaustivo.

WA: *¿Cuál es el grado actual de desarrollo de la obra?*

GCD: Más de un cincuenta por ciento.

WA: *¿Cuál es tu impresión, con ese más del cincuenta por ciento ya alcanzado, en relación a los objetivos iniciales?*

GCD: Yo creo que ha habido un logro muy considerable. Es más, para ser franco, te diré que hay áreas en las cuales la visión tradicional todavía ha pesado mucho, pero me lo explico también por la dificultad de manejar las fuentes, que ya han sido seleccionadas por los criterios tradicionales. Y no podemos inventar nuevas fuentes.

Habíamos pensado, en un momento dado, en montar una especie de proyecto paralelo que, te digo con toda inmodestia, yo proponía que llevase un título parecido a *Una nueva lectura de la historia colonial de América*. Es decir, una empresa en la cual un grupo de investigadores nos pongamos a leer esa riquísima historiografía colonial, entendida no sólo por los cronistas, sino por la elaboración posterior, y tratar de desentrañar allí aquel mensaje que muchas veces está oculto. ¿Qué quiero decir con esto? Es muy fácil considerar a Gonzalo Fernández de Oviedo como el hombre que describe, como él mismo lo dice, la hazaña de los castellanos en el mar océano, en una prosa deliciosa. Pero cuando uno lo lee, viendo más allá de lo que era la cuenca palaciega que Gonzalo Fernández de Oviedo llevaba al rey y al orgullo español muy justamente expresado, era y es una apología de América.

Es una apología de América no sólo en el sentido de que hay una apertura a la apreciación de lo americano, que va más allá de la visión del simple dominador, sino que hay, incluso, una comparación con Europa, comparación que en muchos aspectos

tos, que pueden resultar triviales para algunos historiadores, favorece a América. El elogio que hace Gonzalo Fernández de Oviedo, por ejemplo, de las frutas americanas es un poema a una nueva realidad, pero no simplemente en la diversificación de los satisfactores. No, no, no. Es quebrar toda una conceptualización que concentraba en Europa, de una manera exclusiva, los grandes logros de la humanidad. Y de pronto, este hombre hace fisuras, abre ventanas y pone al europeo frente a una realidad impensada.

Volver a releer esto, quitando -esto que te voy a decir parece curioso, no es original mío ni mucho menos, es deducido de autores-, tratando de olvidar lo que sabemos y acercarnos a esta realidad que allí está escrita, y que está detrás de lo escrito, con un propósito de re-aprehenderla. Bueno, posiblemente por esa vía logremos nosotros, ¡por fin!, ¡por fin!, superar -no digo clausurar- la conciencia criolla del siglo XVI que todavía nos está pesando, tal como lo vemos en Chiapas. ¿No lo estamos viendo en Chiapas? ¿No lo estamos viendo en toda Centroamérica? ¿No lo estamos viendo en Perú, en Ecuador, en Bolivia, en gran parte de Venezuela, hasta en el norte argentino, en Chile? No es filantropía indigenista. No. Mi punto de vista es el de un criollo que considera que tiene entidad histórica, que la sociedad criolla no es un accidente.

Yo creo que la viabilidad de esta sociedad pasa por el descubrimiento de su creatividad, de la cual ya ha dado muestras. La reanudación de su creatividad requiere la formación de una conciencia histórica más auténtica, más genuina. Y, sobre todo, que ponga a valer aquellos elementos del pasado, de los cuales la propia conciencia criolla reniega o se avergüenza, y pueda decir: "sí, somos criollo-americanos, destructores de indígenas, destructores de culturas, pero creadores de una cultura".

WA: Un poco recuerda el dilema planteado por tu compatriota Simón Bolívar, cuando daba cuenta de esta peculiaridad de los americanos de no ser los pobladores autóctonos ni ser tampoco los europeos.

GCD: Bueno, yo creo que si en algún momento Bolívar dio una demostración de sentido histórico profundo, fue en ese momento. Quizá sea un toque de vanidad para un venezolano querer continuar o corregir a Bolívar. Lo que faltó, en el caso de Bolívar, comprendiendo, es que justamente la negación de la conciencia criolla tiene su origen más reciente en la independencia, cuando el criollo americano se sitúa frente al peninsular como un oprimido a igual nivel o iguales condiciones que el indígena al cual, justamente, el criollo oprimía. Entonces, "nosotros hemos sido oprimidos". Muy fácil. Se le echó toda la responsabilidad a los abuelos o a los bisabuelos,

y a los que vinieron después con la reforma de Carlos III, y se eximió a los criollos de su responsabilidad. Esa es una operación ideológica muy bien lograda, que se justificaba en aquel momento para poder apoyar la independencia, entendida como una guerra civil en la cual se enfrentaban los propios criollos con sus dos formas de conciencia.

Por supuesto, creo que muchos hombres, muchos estudiosos también se han acercado a este problema en una forma mucho más creativa que lo tradicional, quizá, quizá... Lo que yo intento añadir a esa visión es el hecho de que la conciencia criolla es una forma de explicación de sí misma que no es exclusiva del criollo, en la medida en que se entienda por criollo al hombre blanco de origen europeo, aunque un poco remoto, con un cierto grado de mestizaje, etcétera. No. La conciencia criolla está presente, aunque esto parezca paradójico, incluso en indígenas, incluso en esclavos, incluso en gente perteneciente a las clases sociales más oprimidas, porque la conciencia criolla es el producto de un todo social y no de una sola clase o de un sector social.

Hay algunos colegas que dicen: "No, bueno, la conciencia criolla no puede estar presente aquí porque los criollos desaparecieron hace tiempo." Y uno puede decir: no, si esto no está vinculado con el color de la tez, porque se puede ser perfectamente un mestizo mexicano, peruano, ecuatoriano, venezolano y tener la misma conciencia criolla que podía tener Garcés González o Miguel Guzmán o algunos de sus descendientes, en la medida en que se fueron aclimatando a la nueva realidad. Ellos como embrión. El punto de partida: la encomienda, el control de los indígenas, la dominación. Lo que yo sostengo es que la conciencia criolla no corresponde a un período, ni a un momento de la historia, ni a un sector social. No. Es el producto más auténtico, genuino y, yo diría, exclusivo de la relación de dominación que se establece en América entre una cultura "visitante" y una cultura "anfitriona" Y digo esto con toda la ironía del mundo.

WA: Germán, a mí me da la impresión de que entre las varias innovaciones que propone este proyecto hay algunas que seguramente costó, no digo imponer, pero por lo menos que fueran aceptadas y que también costará que sean aceptadas por colegas o incluso por el gran público. Me refiero a la idea de las sociedades autóctonas y las sociedades implantadas, que no es una mera manera diferente de denominar a procesos que tradicionalmente fueron caracterizados de otro modo. Yo recuerdo un encuentro preparatorio en Villa Ocampo, cuando empezaba a discutirse este proyecto, donde estas dos cuestiones provocaban un cierto escozor.²

GCD: Sí, es real. Y te digo que si yo pensara que ese reemplazo de criterios se

podría hacer sin tropiezos, sin grandes dificultades, e incluso sin retrocesos, muy flaca sería mi conciencia histórica. Pensar que esto puede ser pensado, transformado y sustituido por un acto voluntario, con un propósito de tal guía o de adoptar un nuevo enfoque, en mi caso -te lo digo sinceramente-, nunca se ha planteado. Por eso, la forma racional de resolver el problema, te lo decía hace un momento, es mediante objetivos que se realizan en diferente grado y con diferente concepción, según las personas que, de alguna manera se los plantean, incluso como rechazo. Porque yo creo que también cabe esa posibilidad, y no soy yo el que va a sufrir porque para un momento de la historia se busca lo contrario. Mira, te voy a decir una cosa, Waldo, que para mí ha significado mucho en relación con esto. Yo formo parte del Buró del Comité Científico Internacional que está elaborando la segunda versión de la *Historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad*, de la cual ya han salido tres volúmenes, esos tres rojos que ves ahí. Ese es un proyecto en el cual colaboramos muchos historiadores, algo así como quinientos. Insólito. El tema no puede ser más ambicioso, la complejidad no puede ser mayor. Lo que hemos visto para América Latina, multiplicado por cien. Mira, sólo las líneas cronológicas que puedan abarcar China, Mongolia, Indonesia, Venezuela y Francia, es una locura ... El esfuerzo que ha habido que hacer allí para poner un poco de orden, si nos queremos salir, como lo hemos hecho, de la visión eurocéntrica, ese esfuerzo ha sido tremendo. Yo soy autor de uno de los capítulos de uno de los volúmenes y, como además soy miembro del Buró, he tenido que leer cosas que jamás antes había leído: sobre historia del Asia central, de Australia y Nueva Zelanda en el siglo XIX.

Bueno, cuando tú tienes que meterte en los trabajos, tomar conciencia, tu comienzas a comprender -no digo que comprendes: comienzas a comprender- que esa prodigiosa diversidad que caracteriza a la humanidad tiene, sin embargo, puntos, áreas o líneas de semejanzas sorprendentes. Y tú podrías hacer una historia comparada de Australia en el siglo XIX y cualquiera de las sociedades latinoamericanas del siglo XIX, hasta con golpes militares, destrucción de sociedades aborígenes... En esa comparación, tú dices: esto comenzó cuatro o tres siglos antes, y sucede que todavía en el XIX -te estoy hablando de mediados del XIX- se está practicando en Australia lo que se practicaba en Argentina con los indígenas del sur de la Patagonia. Bueno, es que no se ha inventado una forma nueva de hacer las cosas. Es que en el tiempo histórico, en realidad, si es ese continuo del que hemos hablado, tú no puedes considerar que haya formas, actitudes, consensos que pertenecen a un pasado sucedido y terminado, otros que corresponden a un presente libre y limitado, y un futuro abierto. Pero, además, la relación diversidad y unidad de lo histórico se vuelve mucho más

reveladora. Entonces, el propio enfoque de la especificidad que tú has tenido sobre América Latina, por ejemplo, comienza a aparecer o mejor dicho a recibir el beneficio de una visión mucho más amplia... De una visión mucho más amplia. Y yo creo que eso nos hace acentuar el conocimiento histórico de lo real.

Yo sé que las nuevas corrientes de la historiografía ven la historiografía como un discurso, y que cualquier discurso vale igual que otro. Toda esa discusión que ha habido...

WA: No más explicación, sino interpretación.

GCD: Muy linda ésa... Bueno, la *Historia* tiene capítulos para que quepa todo eso. El hecho básico es que el sentido de pertenencia es fuerte en el otro y necesario para su estabilidad psico-social. El sentido de pertenencia implica el estar en un momento de ese punto histórico..

WA: Este proyecto lleva ya catorce o quince años, si no más, desde que comenzó a gestarse. Ahora bien: ¿en qué medida el largo período transcurrido entre la concepción del proyecto, el comienzo de su realización, es decir, la producción de los diferentes capítulos por los autores invitados y, sobre todo y finalmente, su concreción en una edición disponible para los colegas y el público en general, en qué medida, digo, no ha conspirado o en qué medida ha logrado sortear el peligro de la desactualización de las producciones de los autores involucrados?

GCD: Es posible que en algunas áreas esa desactualización se advierta, incluso en una forma importante. Pero las bases de la concepción general de la obra, que es lo que en realidad interesa lograr, preservar y proponer, yo creo -no sé si estoy profundamente equivocado- que, dada la magnitud y complejidad del proyecto, quince años no son de ninguna manera un tiempo prolongado. La *Historia de Africa*, por ejemplo, ha tomado más tiempo. Te repito: no es sólo una obra, es una escuela de historia. Es una escuela de historia que algo va dejando en un lado y en otro. Y eso es lo que yo le he dicho al Director General de UNESCO: si vemos estos proyecto con un criterio administrativo -no digo burocrático, digo administrativo- y pensamos "tiene tantos años, ha costado tanto...", luego, es un mal negocio", obviamente es un mal negocio. Pero si lo vemos con un criterio científico, tenemos que darnos cuenta que estamos plantando formas de conciencia, de inquietud científica, de búsqueda. En definitiva, tratándose de una organización como UNESCO, lo fundamental es lo segundo, no

lo primero, pero no porque lo primero no sea importante -la obra publicada es importante-, pero lo fundamental es lo segundo.

Esto lo hemos discutido mucho. Yo me siento personalmente comprometido con este proyecto, mucho más allá de lo que es la relación específica con UNESCO, relación que, por otra parte, no tiene carácter administrativo. Por eso puedo seguir desempeñándola siendo embajador, con la anuencia y el respaldo de mi gobierno, aunque debo decirte que mi pertenencia a este proyecto no tiene relación con el gobierno al que yo represento. Esto es a título estrictamente personal, e incluso anterior a mi designación como embajador. Es decir, yo no he sido propuesto por mi gobierno, yo no he sido mantenido por mi gobierno ni estoy en contradicción con mi función actual. Ahora, mi gobierno está enterado de lo que estoy haciendo, porque como embajador yo no puedo tener actividades que no sean del conocimiento de los organismos pertinentes de mi país. Entonces, en ese sentido, yo te diré que mi vinculación con este proyecto... -la soberbia de la frase- es vital. Es vital, no es ocasional. Pero con un sentido de quien no defiende algo propio, sino con el sentido de alguien que quiere participar en una búsqueda, y que tiene el ánimo y la mente abierta a los resultados, porque yo pretendo ser un científico de la historia. Yo no aspiro a que se vean certificados, convalidados, comprobados cada uno de estos postulados. No, no, en absoluto. Y no te lo digo por comodidad: yo sería el primero en sentirme raro si eso sucediera. No puede suceder, porque sería la negación de la creatividad en la función científica y sería pretender que una mente capta todo el proceso. No, no, eso ya no es vanidad, es necesidad.

Además, en este proyecto trabajan hombres que yo considero mis maestros, hombres de quienes he aprendido y aprendo cada día, a quienes respeto profundamente y por cuya labor, yo diría, sobresalen muchísimo sobre lo que yo he hecho. Esto no lo digo por complacencia, ni mucho menos, sino porque cuando tú ves a un hombre como Gregorio Weinberg, un hombre como John Lynch, un hombre como David Bushnell, un hombre como Ruggiero Romano o, en América, tantos que han contribuido, como Marco Palacio, Josefina Vázquez..., toda esa gente, yo no puedo menos que sentirme, ya no honrado de estar con ellos, sino que he aprendido muchísimo de ellos y estoy aprendiendo. Y seguiré aprendiendo. Entonces, yo no puedo pensar que ellos van a seguir una senda señalada. Hemos discutido, yo me siento orgulloso de haber contribuido al proyecto, pero no es tampoco mío. Yo no puedo pensar que ellos van a tomar eso de una manera escolar, sería lamentable. En eso yo estoy absolutamente claro.

WA: Si el proyecto, al concretarse, llegase a tener buena difusión, buena acogida o suscitara aquello que parece cada vez más raro y difícil, esto es, un buen debate de ideas, sería formidable. Lo sería, porque me parece que, como proyecto, tiene una dimensión ambiciosa y pone en tela de juicio algunas maneras hoy bastante difundidas de entender la investigación, el estudio y la enseñanza de la historia de América Latina. Como tú sabes, hay colegas que creen que hoy no se puede ser latinoamericanista porque, aducen, es virtualmente imposible tener un conocimiento más o menos acabado de todas las sociedades latinoamericanas. Uno puede compartir o discrepar con este juicio y argumentar en una dirección o en la otra. En lo que a mí respecta soy de los que siguen creyendo que es posible hacer una historia de América Latina o de las diferentes sociedades de América Latina admitiendo lo que tienen de común y de diferencias. Sin embargo, ¿qué es lo más próximo que puede haber como proyecto de cierta envergadura, similar al de UNESCO? Se me ocurre que la *Historia de América Latina* de Cambridge.

GCD: La conozco y originalmente yo formé parte de esa experiencia.

WA: Hay algunos autores que están en una y otra... Sin embargo, mi impresión es que la obra que dirigió Bethell está mucho más próxima a esta manera, no sé si llamar más contemporánea, de ver a América Latina de un modo predominantemente fragmentado, en el sentido que hay historias de sociedades nacionales, salvo algunos que otros capítulos que se refieren a problemas abordados en la dimensión continental. En ese sentido, el proyecto de UNESCO serviría para poner una plataforma de debate que recuperase la posibilidad de pensar la historia de las sociedades de América Latina concebida como un todo.

GCD: Bueno, te debo decir que yo soy todavía más ambicioso, por el hecho de mi participación en la *Historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad*, en la cual la historia de América Latina aparece como uno de los componentes. Mira, te voy a mostrar, para que tú veas... [Se levanta, busca y acerca los tres primeros volúmenes de esta obra] Esto intenta ser la segunda aproximación a una historia cuya elaboración original planteó los problemas que tú estás planteando sobre América Latina. Aquí tienes los miembros de la Comisión Internacional. Yo soy miembro del Buró de la Comisión Internacional, que es lo que me permite, como te digo, mirar todo eso. Pero al mismo tiempo, tú tienes para cada volumen toda una gama de ofertas. Bueno, si algunos consideran que es imposible una visión integral de América Latina, entonces, esto [la *Historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad*] ya no es un

sueño, sino una aberración.

«Pero, un momentito, esto sigue. Está el individuo, pero también la humanidad. Y si el individuo tiene necesidad de conocerse a si mismo, ¿no lo tiene también la humanidad? Entonces, este esfuerzo intelectual, que puede parecer desmesurado -y algunos consideran descabellado-, tiene una justificación mínima, pequeñita. Esa justificación es el identificar lo que podríamos llamar la identidad de la humanidad como parte de este universo terrestre, como de este conjunto en el cual el relacionamiento del hombre con el medio físico genera infinidad de respuestas. ¿Dejémosle eso al antropólogo? No, no es suficiente. El antropólogo desempeña una labor correctísima, eso fuera de duda. Pero el historiador tiene sobre el antropólogo, quizá, la ventaja que le da este concepto, digamos, de ciencia social integral. El antropólogo tiene, necesariamente, que ir siguiendo mucho a lo que llamaríamos una antropología física, una serie de aspectos que salen de lo que es una visión de ciencia social en este dispositivo, porque busca respuesta, no ya en la naturaleza de la sociedad sino en la naturaleza del hombre. Y es comprensible que así sea.

Quando se hizo la primera edición de esta obra que, por cierto, tuvo como su gran coordinador a ese hombre extraordinario que fue el doctor Guerrero Carneiro, que aquí está citado...

[La conversación es interrumpida por la presencia de mi pequeña hija Valentina que, cumpliendo funciones de avanzada encomendadas por Alida, nos reclama que terminemos y pasemos a cenar].

GCD: ¿Qué cosa?... Bueno, dile que ya vamos... ¿Cómo llegué a colaborar aquí? Mira, yo conocí muy bien, en cierta circunstancia, a Guerrero, conversamos, y un buen día me llega por correo un paquete con los catorce volúmenes de esa *Historia*, en la versión inglesa. ¡Catorce volúmenes! Y Guerrero, con su estilo -Guerrero era un hombre fabuloso-, me dice: "Germán, yo quiero tu opinión sobre esta historia. Quiero tu opinión sobre el conjunto y sobre América Latina en el conjunto". Así que, necesariamente, los leí y le hice un informe. Nunca antes había tenido oportunidad de plantearme el proceso histórico como globalidad. Mi primera reacción fue de asombro. También tuve conciencia de la imposibilidad... Por momentos me desesperaba y me decía "¿Cómo se puede explicar una historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad que no le dedica ni siquiera una línea a la historiografía de...?" [Lamentablemente, una falla en la grabación impide la transcripción de la expresión empleada] Ni una línea. Entonces, uno dice: "Bueno, ¿qué hay detrás de esto? ¿Es que realmente eso que para nosotros es nuestra acta de nacimiento y nuestro diario de

formación no tiene significación a una escala de la humanidad como totalidad?”

Yo no fui la única persona que escribió eso... Yo lo recibí como un reto. Eso fue absoluto y cuando comencé a leer y a ver, me di cuenta de que todo lo que yo había imaginado como gran escala en cuento a la historia de América, eso era apenas una fracción de la verdadera gran escala. Para mí -que he sido fundamentalmente un historiador de Venezuela que ha ampliado su visión a América-, la historia de América no es que sea un campo estrecho, reducido. No es que no sea un campo diverso y rico. Lo que sí es, es un campo que puede ser abarcado por la mente científica en la medida en que los instrumentos metodológicos y los criterios empleados, estén, digámoslo así, en la debida proporción con el objeto de estudio. Los marxistas vulgares lo redujeron todo a una simpleza de interpretación. A propósito, recuerdo que, cuando estuve en el Instituto de Historia Universal, en Moscú, hablaba con un historiador ruso que me dio a leer su tesis sobre Venezuela. Y yo le dije: “A mí me impresiona como usted tiene tan claro lo que yo, estudiándolo durante tantos años, todavía lo veo como algo complejo.” En cambio, las respuestas de él encajaban perfectamente. No era ya historiografía; era armar un Lego.

WA: O tener la respuesta antes que la pregunta.

GCD: Por eso, todo perfectamente encajaba. Yo me reí un poco, con una risa nerviosa, hecha de asombro y un poquito de burla, pero claro que esto quedaba como conclusión.

Si nosotros vamos a ir a la historia de América para decir: “La historia de América es la historia de la dependencia. Los hombres que hicieron la independencia, en realidad lo que hicieron fue la dependencia”, lo que tenemos es una visión totalizadora, absoluta. Pero si tú te pones dentro del proceso de América específico, incluso el relacionamiento, aunque determinante en muchos aspectos, con lo que solíamos llamar el “ogro mundial”, adquiere otro sentido. Y la comprensión del conjunto cae.

Yo creo que lo que ha pasado hasta ahora nos ha permitido conocer, o con instrumentos teóricos generales inadecuados, o con un sentido de practicidad, y ambos resultan, a mi juicio, posiciones no científicas e incluso anticientíficas. Bueno, a superar eso es a lo que hemos querido contribuir. ¿Cuánto se logrará? Yo creo que ya se ha logrado bastante. Tenemos un largo camino recorrido por quienes han venido desarrollando, contribuyendo, elaborando materiales... Tú mismo has mencionado a Mariátegui, has mencionado a Bolívar, hay un serie de nombres... El proyecto no pretende haber hallado una fórmula mágica.

Bueno, ése el sentido de la aventura...

WA: Déjame, ahora, dar un salto en lo que veníamos conversando y hacerte, Germán, una pregunta que me parece que combina tu doble condición actual de fino historiador y de diplomático, sobre todo teniendo en cuenta tu destino actual. El de 1998 es el sesquicentenario de un año que, para Europa -y, por proyección, el mundo- fue notablemente importante. En febrero, aparece el Manifiesto Comunista, panfleto, en el buen sentido de la expresión, de influencias sin duda envidiables por más de un autor. Pero también el año de las revoluciones en nombre de la libertad y de la igualdad, un tema que atravesó todo el mundo europeo y tuvo sus resonancias en América. Un siglo y medio después, estas ideas, valores, de libertad e igualdad aparecen, en cierta medida, casi, diría, eclipsados, a partir de esa tontería consagrada por Fukuyama de que ha finalizado la historia, y en nombre de la libertad se nos propone una especie de pensamiento único que, en el fondo, no lleva más que a una concepción totalitaria. Por otro lado, el fracaso del llamado "socialismo real" ha puesto en entredicho la idea de que el valor igualdad es posible de ser realizado.

Tú estás ahora en un país que vivió, justamente, la experiencia del "socialismo real", que lo vivió de un modo singular en relación a buena parte de los países que constituyeron el llamado bloque soviético -en la medida de que nace más de un proceso electoral que del avance del Ejército Rojo- y que está atravesando ahora una experiencia de transición pacífica del "socialismo real al capitalismo", pero que ha pasado también, hace una treintena de años, por la experiencia de la "primavera de Praga" y más tarde, por añadidura, la fragmentación de la antigua Checoslovaquia en dos nuevas repúblicas.

Mirada en esta doble perspectiva de ubicación temporal y espacial, ¿qué impresión tienes del significado que hoy puede tener 1848?

GCD: Mira, te digo que es una pregunta magistral. Decididamente, has planteado todo un proceso, una evolución histórica que no está limitada por esos años tampoco, pero que tiene, a partir de 1848, una significación mucho más acelerada, significativa. Mira, para mí, el gran sueño de la humanidad ha sido, justamente, el poder conjugar los dos valores básicos que caracterizan lo humano, es decir, la aspiración de libertad y la aspiración de bienestar. Los dos, al igual que la fraternidad, tienen dos dimensiones: uno, el carácter de conceptual, casi místico en algunos aspectos, y otro, el de una realización legal, en el caso de la igualdad, que más que igualdad es supresión de desigualdades, supresión nominal.

En ese sentido, yo te diría que hemos avanzado considerablemente en dos aspectos

tos. En primer lugar: hoy día, el concepto de igualdad es mejor comprendido, no como la forzada igualación de las personas, de los individuos, sino como una modalidad de organización social llamada a crear condiciones que permitan la realización de la libertad en condiciones en un grado mucho más acorde con las demandas de creatividad, de esfuerzo, de participación que el desarrollo real de la sociedad plantea. En una sociedad de esclavos, en una sociedad de siervos, en una sociedad de hombres libres, las demandas sociales son distintas, aunque pareciera que hay un elemento homogeneizador que es el trabajo. Pero la forma de participación que es el trabajo ha introducido un cambio fundamental en el desarrollo de la humanidad.

Yo diría que el hombre, hoy, aun cuando revele desigualdades muy grandes, ha avanzado en la realización del concepto de igualdad, en la medida que, en primer lugar, la gran revolución de la historia se ha vuelto más versátil, y es la adquisición del concepto de humanidad.

Hay quien habla de que la gran revolución es la revolución industrial, etc. No, para mí la gran revolución en el proceso histórico de la humanidad ha sido, no el de la formulación, sino el de la realización del concepto de humanidad. Entonces, el hombre tiende, hoy más que nunca, a definirse en función de una categoría que hasta ahora parecía muy abstracta, que era el sentido de humanidad, es decir, ya no sólo hay individuos con respecto a su sociedad, sino a las sociedades con respecto a un hecho mayor.

¿Dónde se manifiesta la segunda versión de este hecho nuevo? En la forma como el hombre, englobado en el concepto de humanidad, se realiza en contacto con el medio ambiente. Es decir, éstas ya son dimensiones mucho más inclusivas y englobantes que ningún hombre sensato de nuestros tiempos ignora. ¿Qué significa esto? ¿Significa preocuparnos por el hecho ecológico? Sí, pero también significa preocuparnos por el infortunio que puede sufrir la humanidad en cualquier momento, en cualquier lugar donde esto ocurra, con más o menos espacio, con más o menos generosidad, sí, pero nunca con indiferencia. Este es un hecho absolutamente nuevo: por primera vez en la historia de la humanidad, el hombre se ha sentido responsable por la humanidad y, al mismo tiempo, él ha ganado un sentido de pertenencia a una fuerza que puede, en su manifestación, incluso transformar, dañar el medio físico. Es decir que el hombre ha ganado sentido de responsabilidad frente a este ente mayor que es la humanidad, pero también sentido de responsabilidad respecto a este gran escenario que es el mundo material... Si eso no es una revolución, yo no sé qué es una revolución.

Eso es algo que hace unos años, recuerda, cuando se funda la Cruz Roja... Cuando se crea, parecía una quimera de unos cuantos filántropos locos.

WA: A mí me parece que hay un punto importante que es, quizás, lo que hace particularmente fascinantes estos tiempos que estamos viviendo. Porque es cierto que la exacerbación del proceso de globalización -y con él, la exacerbación también de la desigualdades económicas y sociales a niveles internacionales y en cada una de las sociedades- parece poner en plano prioritario una concepción básicamente individualista, con exaltación de valores puramente materiales. Sin embargo, en contrapartida, parece muy fuerte la posibilidad de impulsar, quizás más que en ningún otro momento, el tercer componente del tríptico de la modernidad que fue la fraternidad, hoy planteado quizás más bien en términos de solidaridad, que sería la expresión contemporánea de aquel valor. Me parece que hay ahí, en efecto, una posibilidad de replantearnos una humanidad diferente, incluso que recupere lo mejor de la utopía socialista, que me parece que tiene todavía mucha validez más allá de los desastres que implicó el socialismo real.

GCD: Tú lo has dicho mejor que yo. Es el concepto de humanidad el que nos lleva, por primera vez, a la realización de lo que parecía el mito mayor de aquella fórmula revolucionaria considerada el gran legado de la revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Y propiedad...

El hecho de que se avance en la concepción de humanidad no quiere decir que desaparezcan la diferencias, o que desaparezcan las singularidades. Lo importante es que se adquiere un referente que es válido para cualquiera de estas singularidades. No el modelo norteamericano, o el modelo inglés. No, no, yo estoy hablando ahora del concepto de humanidad.

Pero el concepto globalidad es otra cosa. Para mí el concepto de globalidad es una versión disminuida e interesada, y en cierta forma nada nueva, de lo que era esa humanidad cuando todavía no se le había entendido cabalmente. Globalidad la practicaban los ingleses cuando hablaban de la libertad de los mares porque ellos tenían la marina más desarrollada del mundo. Entonces les convenía un mundo global para que no hubiera trabas a su propio desarrollo. Por eso, el concepto de globalidad no lo entiendo en un sentido limitado de una actividad económica, sino es una forma de expresar lo mismo que he dicho, es decir, esta conciencia que toma el hombre de su pertenencia a un ente superior, pero no una abstracción. Ese ente o esa entidad superior es la que determina su relacionamiento con el medio físico y, por lo tanto, condiciona, incluso, lo individual. Es en ese concepto que yo entiendo la globalidad, no en el hecho de que las grandes empresas puedan operar igual en Grecia, en Venezuela, en China...

Te voy a decir una cosa: el sentido de esta pertenencia a una entidad mayor, obvia-

mente, tiene que pasar por un período de ajuste de lo yo llamaría la singularidad. No creo, nunca, que una nueva concepción o una nueva proyección de esta naturaleza pueda sustituir la anterior sin lucha, sin dificultad, incluso sin retrocesos. Porque sería ahistórico pensar que pueda haber formas de conciencia que no correspondan a intereses sociales concretos. Entonces, es normal que los hombres que han vivido, sobrevivido o medrado dentro de un esquema de conciencia, traten de preservarlo. Desde este punto de vista, lo que alguien podría pensar como inconsecuencia, a mí me parece históricamente natural. Había que esperarlo, tenía que manifestarse.

Hoy en día decimos, bueno, si, es que la globalidad, entendida como generalización de procesos culturales, sociales y políticos, encuentra obstáculos en los fundamentalismos. No podría ser de otra manera. Debería tener una conciencia ahistórica, para pensar que podría ser de otra manera. Y yo no te estoy hablando de conformismo con lo real, sino con comprensión de lo real. Es decir, desde este punto de vista, es totalmente comprensible que el proceso de ampliación de la conciencia del hombre vaya, al mismo tiempo, en una especie de contrapunto con este afán de hacer valer los particularismos. Y están en una dinámica que, yo opino, es absolutamente no sólo enriquecedoras, sino ineludible. Es algo que tiene que ser.

WA: Y potencialmente formidable.

GCD: Bueno, por eso te digo: no son enriquecedoras, sino que son ineludibles. Lo otro es no pensar con conciencia histórica. Y desde ese punto de vista, yo creo -y aquí volvemos al punto inicial- que en esta porción del mundo que llamamos América Latina, ya ha tomado forma una conciencia en la sociedad, en la cultura, que parece históricamente viable y cuya capacidad de inserción en ese ente más amplio depende del esfuerzo del desarrollo de su creatividad. Y el desarrollo de su fuerza de creatividad está sujeto a una revisión de su conciencia histórica. En un futuro no lejano, el criollo tendrá que verse tal cual es. En ese momento, él podrá reunir a su fuerza específica la fuerza de todos los que participamos de este complejo social, desde el último indígena hasta el representante de la población africana forzada -llámeme uno esclavitud- hasta el inmigrante que acaba de llegar del centro de Europa. Porque no es un proceso determinado. Ese esfuerzo de creatividad es la clave de inserción en esta realidad que es una humanidad que se ve a sí misma en el contexto más amplio que el hombre ha podido imaginar hasta ahora.

Hay todavía más preguntas. Conversar con Germán Carrera Damas -no sólo de temas y cuestiones del oficio- es un placer. Empero, con suavidad no exenta de firmeza, Alida nos convoca a cenar. Es difícil negarse ante la perspectiva de una excelente comida -ambos son exquisitos *gourmets*- con amigos tan queridos, de una conversación grata y de un prometedor Saint-Émilion Grand Cru, cosecha 1994. Mientras, afuera, sigue nevando sobre Praga.

1. Los nueve volúmenes son: I, *Las sociedades originarias* (Directora: Teresa Rojas Rabiela; Co-director: John Murra); II, *El primer contacto y la formación de nuevas sociedades* (Franklin Pease G./Franklin Moya Pons); III, *Consolidación del orden colonial* (Alfredo Castillero Calvo/Allan Kuethe); IV, *Procesos americanos hacia la redefinición colonial* (Enrique Tandeter/Jorge Hidalgo Lehuède); V, *La crisis estructural de las sociedades implantadas* (Germán Carrera Damas/John Lombardi); VI, *La construcción de las naciones latinoamericanas* (Josefina Zoraida Vázquez/Manuel Miño Grijalva); VII, *Los proyectos nacionales latinoamericanos: su instrumentación y articulación (1870-1930)* (Manuel Moreno Fraginals/Enrique Ayala Mora); VIII, *América Latina desde 1930* (Marco Palacio/Esperanza Durán), y IX, *Teoría y metodología en la historia latinoamericana* (Herbert Klein/Estevão de Rezende Martins). Este último volumen es el que se agregó al plan original.

2. La referencia es a la Primera Reunión del Comité de Redacción para la preparación de una *Historia General de América Latina*, auspiciada por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Tuvo lugar en Villa Ocampo (San Isidro, Buenos Aires), durante los días 12 a 16 de noviembre de 1985. En ella, Germán Carrera Damas participó en calidad de presidente del Comité, y Waldo Ansaldi en la de miembro observador en representación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y del International Social Science Council (ISSC, Paris).